

en ellas los soldados para mantener el orden é impedir la desercion de los neófitos mientras llegaban los Padres franciscanos. Estos despues de una penosa navegacion de ochenta dias, abordaron á San Bernabé pocos dias antes que los Jesuitas zarpasen de Loreto. No sabemos cuanto tardaron en ir á sus misiones. Lo que únicamente nos dieron á saber las cartas de México escritas en aquel tiempo, es, que apenas los nuevos misioneros vieron con sus propios ojos que la California no era como la ponderaban, cuando abandonaron las misiones y la península y se volvieron á sus conventos, publicando por todas partes que aquel país era inhabitable, y que los Jesuitas debian agradecerle mucho al Rey el que les hubiera sacado de aquella grande miseria. Fueron, pues, algunos clérigos y frailes, pero no pudiendo subsistir en aquel país, se enviaron Dominicos de España. Ignoramos lo que estos religiosos han hecho; pero deseamos que su celo sea eficazmente secundado para conservar la fé de Jesucristo entre los californios y propagarla por los muchísimos pueblos que hay al Norte, á fin de que todos conozcan, adoren y amen á su Criador." El P. Clavijero hace aquí en una nota la curiosa observacion de que quince sacerdotes y un Hermano coadjutor salieron de la California, y quince sacerdotes y un Hermano, murieron en ella.

Respecto de los Misioneros de las Provincias de Chinipas, pertenecientes al Departamento de Chihuahua, Tarahumara al de Durango y Nayarit al de este y de Guadalajara, que componian el número de treinta y cinco, nada de cierto nos dice la historia, ni del nombre de los comisionados, de lo ocurrido en la intimacion del decreto, ni de la fecha de la salida de los Misioneros: lo único que se encuentra en la elocuente vida escrita en latín del P. José Julian Parreño, por su amigo íntimo el P. Andrés Cabo, que en esa época se ocupaba en ese ministerio, es que en Diciembre de 1767 salieron de México para Veracruz con el expresado Padre, y tal vez con algunos de los que quedaron detenidos para rendir cuentas, ó por enfermedad, como el P. Perez de Aragon. Además, segun el contesto del informe dado á la Corte de Madrid en 1793, de que se hablará en otra parte, parece que á estas misiones, especialmente la del Nayarit llegaron junto con los comisionados los religiosos franciscanos que debian reemplazar á los Jesuitas, primero que la tropa que se habia pedido de Guadalajara y de Durango; y á esta circunstancia se debió sin duda el que dichas misiones fueron las que ménos padecieron en sus intereses, respecto de las de la California y de las otras de que vamos á hablar.

La expulsion de los Misioneros de Sonora, Sinaloa y los Pimas, fué sin duda la más funesta de todas por las calamidades que la acompañaron. En estas provincias de misiones aconteció lo contrario que

en la de la California: en esta arribaron primero los soldados, como hemos visto, y despues los Misioneros que no llegaron á encontrarse con los Jesuitas, pero en las provincias de que nos ocupamos pasó de diversa manera: el Comisionado regio mandado de México por el Visitador D. José de Galvez, llegó á Sinaloa con los franciscanos que debian sustituir á los Misioneros, y la tropa que navegaba en otro buque, no arribó hasta verificada la expulsion. Intimóse el decreto al superior que era entonces de la Misiones, el P. Juan Lorenzo Salgado, natural de Copala, Pueblo del Departamento de Jalisco, previniéndole que reuniese á todos los de esa provincia, y que haciéndoseles saber la real disposicion, se dirijiese con todos al puerto de Guaymas. Cuanta fué la obediencia y sumision de los Misioneros, tanta fué la pesadumbre y afliccion de los indígenas, que no comprendian ni las causas del destierro de sus ministros, ni el motivo de la sustitucion por otros que no les eran conocidos: los Jesuitas les esplicaron en su idioma lo único que pudieron, recomendándoles á sus nuevos Padres, ofreciéndoles que nada extrañarían en aquella mudanza; esplicacion y oferta que no lograron tranquilizar á los neófitos, enteramente adictos á los Jesuitas á quienes debian todo su ser en lo religioso y social.

Con todo, partieron los Padres á Bahcun en medio de las lágrimas de todos los Pueblos. Llegados los diez y nueve Padres que formaban la Provincia á dicho punto, se embarcaron en dos malas canoas en el rio Yaqui, y entrados en el mar de California llegaron á aquel puerto, despues de haber padecido increíbles molestias y corrido grandes peligros. Junto de Guaymas en una llanura se habia formado recientemente un gran jacalon circular para recibir á los soldados que de un dia á otro se esperaban de México; y este fué el que se destinó para habitacion de los Jesuitas de Sinaloa y los que habian sido mandados traer de Sonora y los Pimas: morada no poco insegura por la precipitacion y materia con que habia sido formada de vigas y adobe, nada cómoda porque en su area dormian tambien las bestias, y sumamente peligrosa por la inmediacion á los Seris, nacion bárbara, que aun no habia recibido la fé y avezada al robo y la rapiña de que únicamente subsistía. Allí permanecieron los desterrados hasta completar el número de cincuenta y dos que era el total, por espacio de nueve meses; pues en esa época las casas edificadas en Guaymas, eran muy miserables y separadas unas de otras á grandes distancias. En ese lugar, [que solo el sufrimiento de unos hombres, que habian arrojado por la salud de las almas, todas las fatigas del apostolado, podia hacer habitable] con la tranquilidad propia de un cristiano, entregó el alma á su criador el P. José Palomino, anciano de sesenta y dos años, y primera víctima de aquel inhumano sacrificio.

Después de este largo tiempo, y reunidos completamente todos los Misioneros expresados fueron embarcados en un pequeño navío; y por la mala estación, aquella navegación que en tiempos mejores se hacía por el mar de California al puerto de S. Blas en cinco ó seis días, se hizo entonces en tres meses cumplidos. Esta larga demora produjo no solo la corrupción de los alimentos y el agua, sino el escorbuto que atacó á los pasajeros, al grado de que creían morir todos los días. El piloto, á vista de tantas calamidades, tuvo por conveniente dirigirse á la California á un puerto no distante nombrado La Escondida, donde habiéndose reparado algo los Padres, con los pocos auxilios que podía proporcionarles la esterilidad del sitio, emprendieron de nuevo la navegación. Pero como la fortuna se les mostraba tan adversa, á poco una nueva tempestad los puso en tal peligro de la vida especialmente por la grande carga que llevaba aquella pequeña embarcación, que todos juzgaron ver llegado lo último de sus días.

La Providencia sin embargo los sacó de aquel gravísimo peligro, y al día siguiente llegaron al puerto de S. Blas, en donde comenzaron para ellos mayores trabajos por tierra que los sufridos en el mar.

Recibiólos allí con la mayor humanidad el comandante del puerto, D. Manuel Rivero, les prestó todos los auxilios que le fueron posibles, pero no pudiendo suspender su viaje, al día siguiente dispuso su marcha por Guaristamba, camino muy quebrado y penoso. A la madrugada subieron á caballo; la mayor parte del día hicieron el camino por pantanos llenos de cocodrilos, que como se sabe, acometen á los hombres para devorarlos, y muchos no tolerando el mal paso de las cabalgaduras, hicieron el camino á pié, con el agua á la cintura. Así es que, los colchones, breviarios y otros pocos muebles que llevaban los peregrinos, ó perecieron enteramente ó quedaron mojados de tal suerte, que en los días siguientes no tuvieron otros lechos que el duro suelo y este no pocas veces húmedo, sin quedar uno solo que pudiera librarse de tantas incomodidades, consiguiendo á la naturaleza del lugar y á la mala estación en que caminaban, á pesar de los alivios que, movido de compasión, les procuraba el Comisionado real que iba en su compañía. Así llegaron á Tepic, ciudad de Nueva Galicia, donde sus habitantes nada omitieron para auxiliarlos con generosa liberalidad, proporcionándoles los medios necesarios para continuar su camino con ménos incomodidad. Entre otros se distinguió D. Francisco Posadas, hombre de ilustre y antiguo nacimiento y rico, quien los condujo á una hacienda suya, les dió un espléndido trato, proporcionándoles á cada uno un caballo bien provisto y de mejor paso, ni dejó de favorecerlos mientras vivió, porque habiendo sabido que en el Pueblo de Ahuacatlán, habían caído enfermos algunos de los Padres de la peligrosa fiebre que

domina en esa región, aunque no disfrutaba de la mejor salud, voló al momento en su auxilio. Pero á pocas leguas de camino y antes de llegar al Pueblo, murió repentinamente, cuyo fallecimiento aumentó el duelo doméstico de los Jesuitas; y no pudiendo manifestar de otro modo su gratitud, derramaron lágrimas por un sujeto tan benemérito para ellos, ofreciendo al Señor Misas por su alma.

Aquel fué el principio de las pesadumbres del triste escuadrón de desterrados; porque apenas recorridas veinte leguas, comenzaron á perder á sus compañeros, que conmutaban con la inmortalidad aquella funesta peregrinación. El primero que falleció fué el P. Enrique Kürtzel, alemán, á quien vulgarmente se daba el título de santo, y á este siguió el P. Sebastian Cava, español, varón de insigne mansedumbre: ambos quedaron sepultados en Ahuacatlán: en Ixtlan murieron el 30 de Septiembre de la misma fiebre, los PP. Nicolás Pereira, natural de Zacatlán, de sesenta y dos años de edad, de los que había empleado cuarenta y dos en las Misiones, y aunque por su vejez y enfermedad era llevado en hombros ajenos, había hecho voto de seguir á sus hermanos á cualquiera parte que los condujesen y de visitar en su templo de Ancona á la Sma. Virgen de Loreto; el P. Francisco Villaroja, español, de edad florida, robusta salud y de grandes esperanzas para emplearse en la viña del Señor. El 1.º de Octubre murió el P. Miguel Fernando Somera, de Tlalpujahua, de sesenta y seis años cumplidos y treinta y seis de apostolado: entre sus virtudes resplandeció la religiosa pobreza, de manera que liberalmente daba cuanto tenía, sin exceptuar su colchon que donó algunos días antes de su muerte, y acostado en la tierra desnuda terminó su último día. El siguiente falleció el P. Lucas Merino, de cincuenta y cinco años, superior en esa época de las Misiones del Yaquí y Mayo, muy querido por su amabilísima índole, y el 3 del mismo, en el propio lugar, el P. Alejandro Rapiccani de sesenta y cinco años, sajón, que casi toda su vida empleó entre esas gentes bárbaras, dejando la más grata memoria en la provincia de Sonora. El 4 pasaron á mejor vida tres de aquellos misioneros: el primero el P. José Rondero, poblano, de sesenta años, cuya mayor parte empleó en ese ministerio, sujeto esclarecido por su talento y su sangre, y mucho más por su caridad con aquellas gentes incultas: algunos años antes fué llamado á su patria de órden del Provincial para servir de ministro en el Colegio de S. Ildefonso; pero no consiguiendo se le admitiese la renuncia, ocurrió al P. General, quien le concedió volver á la Mision: el segundo el P. Pio Laguna, de Chiapas, que aun no contando sino treinta y tres años de edad, y siendo de muy poca salud, trabajaba religiosamente en el Pueblo de Basaraca, inmediato á los Apaches y Seris, que continuamente molestaban la Mision: el tercero el P. Francisco Javier Pascua, de Oaxaca,

de treinta y cinco años, de los que llevaba tres de misionar en Babispe: jóven admirable y perfectísima imágen de S. Luis Gonzaga en su pureza y observancia de las reglas de la Compañía, no habiéndosele visto nunca quebrantar la más pequeña: era tal su fama de santidad, que se decía haber resucitado á una niña; lo que no debe extrañarse, dice el P. Maneiro su contemporáneo, atendiendo á la gran santidad de este insigne Jesuita. Tres dias despues murió el P. Francisco Hlawa natural de Praga, de cuarenta y dos años, de los que empleó diez y seis en las Misiones, salvándose de la muerte que los indios rebeldes dieron á los PP. Tomás Tello y Enrique Rowen de que habla en su lugar nuestro P. Alegre: dirigía la misma mision de Mocorito en Sinaloa. El 13 de Septiembre murió el P. Juan Nentuig, alemán, de cincuenta y cuatro años, famoso matemático, superior un tiempo de las Misiones de Sonora y de los Pimas, y que en la conjuración de que hablamos arriba sufrió gravísimos trabajos. El día 14 el P. Pedro Diez, de México, jóven de veintinueve años: lo probó el Señor con salud enfermiza y muchos escrúpulos que continuamente lo atribulaban: habíanlo mandado los superiores pocos meses antes á la nueva mision de Ati, y apenas llegado despues del largo camino de cuatrocientas leguas, salió expulso; de suerte que parece que únicamente lo mandó Dios á Sonora para ejercitar su paciencia: el cádaver de este amabilísimo jóven fué llevado á Ixtlán. Prosiguiendo su camino aquellos desconsolados Sacerdotes, llegaron al Pueblo de la Magdalena donde falleció el 25 del mismo Septiembre el P. Manuel Aguirre, vizcaíno, de cincuenta y dos años, superior de las misiones de Sonora que residía en Bacadeguatzi, muy recomendable por su cortesanía, probidad, caridad y grande celo de la salvacion de las almas, dotes muy necesarios á los predicadores del Evangelio: dos años antes habia sido nombrado superior de todas las misiones. A los tres dias falleció allí mismo el P. Fernando Berra, guanajuatense, de treinta y un años, muy deseoso del martirio y de propagar la fé de Cristo: tan solo un año se empleó en las Misiones. El 7 de Octubre murió en Ixtlán, donde habia quedado enfermo, otro recomendable jóven, P. José Liébana, español, de treinta años, quien no llegó á completar dos en las misiones, segun se lo anunció el P. José Vellido, venerable por su santidad, al despedirse de él en México. En el Pueblo de Mochitiltic fallecieron otros dos misioneros el 13 de Noviembre; los PP. Maximiliano Le-Roy y Ramon Sanchez: el primero era francés, de cuarenta y un años, el cual estando en New-Orleans cuando ocurrió la destruccion de la Compañía en Francia, pasó á esta Provincia y habiéndose dedicado á aprender las lenguas mexicana y otomí, en las que predicó á los indios en el Colegio de S. Luis de la Paz, fué mandado á las misiones de Sinaloa: el segundo, fué espa-

ñol, jóven tambien de treinta años, muy apreciable por la moderacion de sus costumbres, y que como el primero llevaba apenas unos pocos meses en ese ministerio. En fin, el 18 de Noviembre falleció en Tequila el último de todos el P. Bartolomé Saenz, español, de cincuenta y tres años, misionero de Banamichi, persona muy apreciable por su profunda humildad, acompañada de una eximia caridad para con todos. Así concluyeron un camino tan dilatado como doloroso esos hombres apostólicos, hasta llegar al puerto de Veracruz en número de treinta y dos, probablemente á mediados de Enero del año de 1769, dos despues de la expulsion de México, de donde pasaron á España como se dirá en otra parte.

40*